



ROBLES

EL ALMENDARES,

PERIÓDICO LITERARIO, RELIGIOSO, PINTORESCO, MORAL, INSTRUCTIVO, DE MODAS Y ANEDÓCTICO.

TOMO III.

HABANA: MARZO 15 DE 1853.

ENTREGA V.

LA SEMANA SANTA EN LA HABANA.



O habrá muchas grandes poblaciones en el mundo católico, y especialmente en la tierra hermosa que descubrió el inmortal CRISTOBAL COLON, no habrá muchas capitales, repetimos, donde se celebre la Semana Mayor del cristianismo, la solemne, triste y bella al mismo tiempo Semana Santa con mas pompa, con mas decoro, con mas religiosidad que se celebra en la Habana, con mas compostura y devocion en todas las clases, revelándose á la vez en este gran pueblo lo profundo de sus creencias católicas, lo avanzado de su civilizacion, lo verdadero de su riqueza y lo refinado de su gusto.

Esos grandes dias de la Habana acaban de pasar, están aun bien presentes en la memoria de todos, y hemos creído que nuestro ALMENDARES no debia comenzar hoy de otro modo que haciendo referencia á ellos, dándolos toda la importancia que se merecen, lle-

vando à su contemplacion las miradas de todos cuantos han traído sus nombres á las lista de suscripcion de este periódico.

Las primeras autoridades de la Isla, las damas de mayor distincion, los particulares mas notables, las corporaciones civiles y reli-



giasas, las diferentes hermandades, los muy elevados como los muy humildes, todos han andado las estaciones con devocion, todos

han visitado los templos con recogimiento todos han llevado á los piés del sagrario su dolor, sus lágrimas y sus oraciones fervorosas.

El juéves santo ofreció la Catedral uno de esos cuadros conmovedores para todo corazón cristiano, y que al mismo tiempo inspiran cierto sentimiento de orgullo pátrio, primero por la unción religiosa que revelan todas las palabras que se oyen, todos los rostros que se ven, todos los ademanes que se observan, y segundo por el crecido número de bellezas que se ostentan á los ojos de propios y estraños, todos los tipos, todos los caprichos, rubias, triqueñas, blancas con ojos y cabellos negros, todas delicadas, todas airosas, justificando todas el título de *La Georgia de la América* que se ha dado, con tanta razón, á la Isla de Cuba.

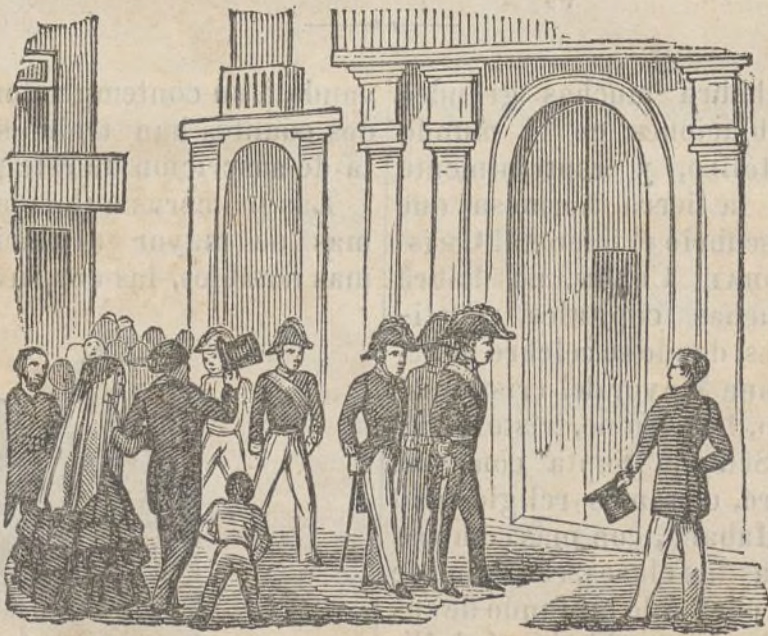
La santa Iglesia estaba en aquella mañana inolvidable completamente llena por cuanto la Habana tiene de ilustre, de poderoso, de bello y de elegante; las hermosas habaneras ostentaban por todas partes los mas ricos terciopelos, las blondas, las sedas mas esquisitas, las randas de encaje, las mantillas blancas ó negras de gran valor, los clavos de oro y brillantes sugetando aquellas, y, sobre todo, el brillo seductor de sus rasgados y magníficos ojos negros, de esos ojos tropicales que tan pocos iguales tienen, y que no reconocen superiores en el mundo todo.

Pero tanta beldad, tanta gracia, tanta riqueza, tanto poder, tanto lujo, tanta elegancia, todo desaparecía, todo se humillaba, todo se pros-

ternaba al pasar el Santísimo Sacramento, para ser conducido al sagrario del monumento, donde había de estar depositado en aquellos dos grandes días de la cristiandad, y tantos lábios frescos y hermosos tan solo murmuraban oraciones en vez de formular sonrisas, y tantos ojos magníficos se clavaban respetuosamente en la Hóstia sacrosanta, ó se fijaban con modestia y recogimiento en el suelo, en vez de hacer á objetos profanos blancos indebidos de su atención en tan solemne momento.

El juéves Santo por la tarde comenzóse desde las dos á andar las estaciones, á la santa visita de los monumentos, á la adoración de los sagrarios, con el mismo orden y compostura que todos los años, ricamente vestidas las señoras, con preciosa elegancia los niños, y con el mayor gusto y á la última moda francesa los caballeros, ya adoptado por todos los elegantes el sombrero parisiense nombrado á lo *Condesa de Teba*, que la Habana *fashionable* debe á la *Isla de Cuba*, ese verdadero prototipo de la moda francesa entre nosotros que siempre será favorecido por nuestro mundo.

Segun costumbre, poco ántes de la caída del sol, comenzó á visitar todas las iglesias el Excmo. Sr. Capitan General de la Isla, de gran uniforme y cruzando su pecho los mas altos distintivos de honor, las grandes bandas de algunas de las primeras condecoraciones del Estado. En el momento que S. E. entraba en la iglesia de San Agustín, llevaba á su



derecha al señor Alcalde D. Antonio de Zambrana, y á su izquierda al Sr. Regidor del Excmo. Ayuntamiento D. José de Cintra, y seguían despues crecido número de señores Oficiales Generales, Gefes de la Plaza, y Gefes y Oficiales de los distintos cuerpos de la guarnicion, formando un bello golpe de vista la magnificencia de los uniformes, las piedras

preciosas de las placas y cruces, las plumas de los sombreros y la variedad de los bordados.

Momentos antes habían comenzado ya á visitar las iglesias, por compañías, las tropas de la guarnicion, las de infantería, artillería, marineros y artillería de marina, con sus respectivos oficiales, luciendo todos sus

bellos y lujosos uniformes, y dando á la poblacion una animacion verdaderamente extraordinaria.

Entretanto, vosotras, queridísimas amigas,

y señaladamente tu, preciosa y elegante lectora, te contemplabas satisfecha en tu espejo, concluida tu *toilette*, hermosa y seductora, caída tu negra mantilla sobre la falda del



vestido, preparándote á andar las estaciones, á aparecer luego en la Plaza de Armas, á dejarte ver despues en la *Dominica* ó en la *Diana*, por mas que los helados han subido á peseta en ámbos establecimientos. Te mirabas una y dos veces, te hallabas tan encantadora como en realidad eres, y salías luego á ser admirada por las calles de la Habana, tan silenciosas y á la vez tan animadas.

El viérnes santo comenzó bien, pero la lluvia por la tarde impidió que la procesion saliera, convirtió las calles en lodazales interminables y no consintió tampoco que se veri-

ficase la tan querida retreta de aquella noche.

Llegó, por fin, el sábado de gloria y detrás el domingo de Resurreccion; volvieron con ellos la alegría y las diversiones para la Habana, y poderosos y humildes, ricos y pobres, chicos y grandes, todos saludaron con alegría la llegada de la Pascua, y hasta las personas mas respetables y los hombres maduros, de rostro mas grave ó mas indigesto, celebraron la Resurreccion del Salvador del mundo con la alegría que siempre inspira una copa de espumoso champagne.



SECCION MORAL.

LIMOSNA.



RA la mañana de un domingo. Las calles de la poética villa presentaban un cuadro animado; multitud de jóvenes sencillamente prendidas dirigían sus diminutos piés al mercado público, á los baños de Santa Rita, ó alguna reunion familiar. La alegría brillaba en los ánimos: la opulenta ceiba ostentaba sus frondosas ramas, salpicadas aun con el suave rocío de la noche. Diferentes pajarillos movían sus lindas alas y amenizaban el aire con sus trinos y continuados gorgoros: las rosas y jazmines esparcían suavisima fragancia, y al través de un cielo claro y sereno brillaban algunas nubes que, impelidas por el áura de la brisa, recorrían la azulada bóveda. Las puertas de Santo Domingo permanecían abiertas para dar entrada á los fieles: multitud de personas ocupaban sus magníficas naves, y el sacerdote ofrecía la hóstia santa de propiciacion. Mujeres y hombres, ancianos y jóvenes, ricos y pobre doblaban la rodilla ante el tabernáculo en que figuraba el santo de los santos cir-



cundado de ángeles, de flores y guirnaldas de esquisito gusto.

Largo rato permanecemos en el sagrado recinto, donde un torrente de ideas inundaron nuestro espíritu. A presencia de aquel místico cuadro nos radicamos mas y mas en el juicio que tenemos formado de la religion que profesamos, religion santa y prodigiosa que une y estrecha los vínculos de fraternidad en el hombre, aun dándolos con el ósculo indefinible de la paz para gloria del mundo y delicia de los pueblos civilizados.

Dos bellas jóvenes, hijas de un honrado padre de familia, con cuya amistad nos honramos y en cuyos rostros están gravados el candor, la inocencia y moralidad de sus almas, constituían parte de la concurrencia. Humildes y atentas elevaban su espíritu al cielo en union de su madre, con la tranquilidad que inspira la virtud cuando predomina exenta de vicios y de pasiones tumultuosas.

Notable alegría produjo en nosotros aquella modesta pareja. Atraídos por el cariño que la profesamos y por el recuerdo de sus bondades, abandonamos el templo luego que ellas retornaban á su casa, y esta circunstancia nos proporcionó ocasion de participar del interesante diálogo que formaran entre sí, diálogo á que dió margen la presencia de distintos mendigos que invadían la puerta principal del santuario.

—¡Ay, Enriqueta! cuántas lágrimas, cuántos suspiros ha exhalado mi alma en todos tiempos al contemplar á estos mal aventurados! Mucho sufro cuando reflexiono en el cúmulo de males que los rodean: sus ayes, sus lamentos y amarguras destrozan mi corazón; ¡oh! triste suerte ha cabido á esta parte de la humanidad, que recorre el mundo acompañada siempre de privaciones infinitas, y que diariamente, al asomar la aurora, se ve atormentada por el hado funesto de la desgracia! Quisiera, hermana mia, poseer cuantiosos bienes para distribuirlos entre esos infortunados á quienes la religion, la moral, la sociedad misma nos mandan mirar y socorrer como á verdaderos hermanos.—Dime, ¿no sientes tú iguales deseos? ¿No sientes dulcísimo deleite cuando alargas la mano para dar alguna limosna? ¿No te ha regocijado en las horas de la noche el recuerdo de las obras practicadas durante el día?

—Sí, Carlota: tu sabes cuánto me interesan los pobres. Tú me has visto abatida no há muchas noches al oír el tristísimo relato que nos hizo aquella afligida viuda de los siete hijos. No debes dudar un momento de mi decision por los indigentes, y en general por todos aquellos que experimentan algun sinsabor. Pero, créeme, querida mia, no son los mendigos que acabamos de ver los que mas mueven mi corazón; hay otros por quienes no dudaría sacrificar cuantos recursos poseyera, y estos son los vergonzantes. Mira, hermana, la limosna, como todo, tiene sus reglas establecidas, y para que sean gratas á los ojos de Dios, para

obtener el piadoso fin que nos proponemos, necesario es investigar si el que la impetra es realmente necesitado, si no le es dado poder dedicarse al trabajo, y últimamente, si da buena inversion á aquello que alcanza de la caridad pública. Faltando algunas de estas circunstancias, el acto de socorrer al que pide, es perjudicial y de pésimas consecuencias, porque con ello, ó bien se da pábulo á la vagancia, ó bien se contribuye á fomentar el crimen. De algunos de esos que en un día recorren barrios enteros y que se sitúan en los templos, he sabido sucesos extravagantes, bochornosos y ridículos.

—Dime, Enriqueta: ¿qué diferencia hay entre los pordioseros que de puerta en puerta invocan protección, y esos otros que se llaman vergonzantes? ¿No son, así unos como otros, verdaderos mendigos, y como tales acreedores á nuestra lástima y conmiseración? ¿No nos manda la Escritura amparar al necesitado, socorrer al desvalido? ¿Y que mas prueba podemos desear para cerciorarnos de su infelicidad que el aspecto de sus rostros y la humildad de sus vestidos?

—Mucha diferencia hay entre unos y otros, amable Carlota. Los vergonzantes, casi en su totalidad son ó padres de familia ó viudas honradas, con tiernos hijos, á quienes educan y mantienen. Prevalidos de la oscuridad de la noche, se acercan á determinadas casas en solicitud del sustento, y retornan brevemente á sus moradas, sin ser conocidas muchas veces, y sin presentar ese cuadro extravagante que ofrecen los lugares públicos, en mengua de nuestra civilización y progreso. Los pordioseros casi en lo general no poseen familia: acostumbrados á la vida holgazana, se aficio-

nan al pedimento como si fuese un oficio lucrativo, valiéndose para obtener buen resultado de ropajes inmundos, para conmover á las almas caritativas. Recuerda si nó, el sucinto relato que en días pasados nos hizo aquel respetable anciano que estuvo á hacer visita á papá, y que tanto nos dijo de las supercherías, falsedades y estafas que cometen esos finjidos mendigos que tanto compadece. Sin que creas sea mi ánimo oponerme á esos impulsos nobles, generosos y santos, no puedo menos que encarecerte consagres las cantidades de que puedas disponer á favor de esos pobres vergonzantes de que llevo hecha mencion. Tal vez tus ofrendas servirán á salvar alguna víctima de los horrores de la desgracia, de los ataques de la corrupción, de los tiros de la iniquidad.

—Me has convencido con tus razones, linda Enriqueta: conozco la fuerza de tus argumentos, la solidez de tus palabras. Mucho siento no haber preferido á esos seres, pero de hoy en adelante hago firme propósito de no dar limosna alguna á nadie sin informarme antes de su pobreza y sanos principios, á fin de que mis dádivas sean aceptas á los ojos de Dios.

Nosotros oímos este juicioso razonamiento, y conmovidos con las nobles inspiraciones de estas inocentes vírgenes, abandonamos su morada llevando en nuestra mente un mundo de ideas alusivas al mismo fin.

¡Quiera el cielo proporcionarnos muchas personas que, como ellas, sepan llenar sus deberes en pró de la afligida humanidad, y que, inspiradas por la virtud, sirvan de ejemplo á la morigeración de las costumbres!

M. P. DELGADO.

LA ISLA DESIERTA.



administre bien ese pequeño caudal, puedes hacerte feliz.

Embarcóse el esclavo; pero hé aquí que á pocas leguas de la riera vió cubrirse el cielo de nubes, y conoció que no tardaría en levantarse una tormenta. En efecto, en breve las nubes parecieron combatir unas con otras; abrasábanlas los relámpagos; á los resplandores inmensos que se refle-

ARCISO, hombre sumamente rico y benéfico, quiso un día hacer feliz á uno de sus esclavos: dióle la libertad diciéndole:

—Mira, esa barca llena de mercaderías es tuya: vete. Eres libre, y como

jaban en unas montañas de agitada agua, se seguía una profunda oscuridad; el estampido del trueno se repetía á lo lejos, y á la hora ménos pensada la embarcación vino á despedazarse contra los arrecifes que estaban próximos á una isla.

El desdichado esclavo se había penetrado de lo inminente del peligro, y se había apoderado de un gran leño, que fué su tabla de salvación, pues las olas le arrojaron á la playa de aquella isla.

Había perdido toda su carga, así como á tres compañeros que habían querido participar de los azares de su fortuna. Solo, destituido de todo, veíase reducido á vivir de raíces, en espera de alguna embarcación que la suerte trajera por allí. Apoderóse el despecho de él, pues había estado varias horas buscando en balde los indicios de habitaciones humanas. De repente percibió una procesion de hombres extraños, quienes habían visto, sin duda, su congoja, pues venían á él gritando:

—¡Vamos al auxilio de nuestro rey!

Túvoles él por locos, pero en breve se vió ro-

deado y saludado de ellos, obligándole por último á subir en una magnífica litera. Condujéronle en triunfo á un suntuoso palacio, vistiéronle de púrpura, y luego le coronaron. Aquel de los vecinos de la isla que parecía comandar á los otros, convidó al improvisado rey á que se sentase en un trono, y le dijo:

—Vos sois el rey que el Señor nos envía. Ese anciano, prosiguió designando á un hombre venerable, es vuestro consejero íntimo, el cual nunca os faltará.

Dicho esto, saludó respetuosamente, y se retiró, junto con los demás vecinos.

El pobre náufrago creyó al pronto estar soñando, y púsose á recapacitar.

—No te admires, le dijo el anciano, el cual se había quedado con él, vuelve en tu acuerdo; voy á explicarte lo que te parece un misterio.

Esta isla está habitada por unos espíritus á los que Dios ha concedido el ser gobernados por un hijo de Adán. Cada año toma un náufrago el lugar que tú ocupas, pues no ha de pasar de un año tu reinado. Cuando haya transcurrido este tiempo, te verás despojado de todas las reales insignias: te colocarán tan pobre como has venido en una embarcación, que será el juguete de los vientos y que te llevará á una isla inmediata, la mas árida de todas las de esta zona. Preciso es, pues, emplear con cordura este período de gloria si quieres reservarte un abrigo contra la necesidad y la desesperación. Bien podrás hacerlo preparándote un refugio, pues has de ser despedido sin misericordia.

—Pero ¿y qué ha sido de mis predecesores? preguntó el nuevo rey: ¿han sabido acaso la suerte que les aguardaba despues de su breve reinado?

—A todos se les ha dicho, repuso el anciano, pero los mas, deslumbrados con el pasagero esplendor de que se veían cercados, se olvidaban del tiempo; otros temían turbar la dicha que disfrutaban con las tristes preocupaciones de lo futuro, y en una como embriaguez dejaban correr los días, los meses, el año, sin pensar en la suerte que les estaba destinada. Casi todos, cansados de mis consejos, me han desterrado. Todos han fracasado sin medios de subsistencia contra la isla desierta de que te dejo hablado, y allí llevan una miserable vida, llena de remordimientos y desesperación.

—Pero ¿de qué suerte se puede evitar ese cruel destino? preguntó acongojado el esclavo.

—Fácil te será, como no pierdas un instante. La isla en que has de encallar, es árida é inculta; pues hazla habitable. Ya que el pueblo sobre el cual reinaras, te debe obediencia, puedes disponer de muchos operarios para desmontar aquellas tierras incultas, y cuando la vegetación haya ocupado el lugar de la arena, cuando estén preparadas unas ricas cosechas, no faltarán compañeros que vayan á participar de la satisfacción y de la abun-

dancia de tu nueva patria. Para no perder tiempo, suponte que tu reinado ha de acabar mañana.

Estas palabras del cuerdo consejero quedaron gravadas en el ánimo del esclavo rey, y desde que se hubo hecho cargo de la administración de su nuevo Estado, se dedicó á pensar en llevar á efecto las ocupaciones del momento y los trabajos del porvenir.

Envio una parte de sus súbditos para desmontar y sembrar la isla que debía ser su último refugio, y cuando ya el año estaba al espirar, el sábio consejero vino á él y le dijo:

—Veo con gusto que no te has alucinado con la breve duración de tu reinado. Mañana es el día en que tenemos de separarnos.... Pobre, casi desnudo, vas á ser arrojado en la frágil embarcación que ha de conducirte á la isla que estaba desierta ahora un año, y que en el día está floreciente. Razon tienes de no temer nada, pues una felicidad durable será tu recompensa. Tú te has hecho superior á las pasiones despreciando lo que lisonjea los sentidos y la ambición; has pensado en tu salvación. Queda terminada mi encomienda, y lléname de satisfacción la felicidad que te espera.

Permaneció el rey un momento sumergido en un recojimiento completo; luego aguardó con resignación que llegase la hora de su partida.

Al día siguiente muy temprano los vecinos acudieron á arrebatarse de su palacio, y le condujeron á la frágil embarcación que debía llevarsele.

No bien hubo puesto el pié en la playa de la isla tan temida de sus predecesores, cuando sintió una felicidad infinita....

Estaba fertilizada aquella isla ántes estéril: los habitantes que él había enviado allí, se habían establecido, y llegaron con júbilo á recibirle, exclamando:

—No nos separaremos de tí nunca: tú no eres ya un mortal, pues una dicha inmensa y sin fin te está reservada. Ven á disfrutar en paz de los bienes que te ha granjeado tu vida prudente y virtuosa.

Ocioso parece el dar una explicación del sentido de este apólogo. ¿Quién no ha atinado de luego á luego que el esclavo que llega desapercibido de todo á la isla de los Espíritus no es otro sinó el hombre, arrojado por un instante á la tierra, y que su consejero íntimo es la providencia, que le indica el objeto de su vida?

El reinado de un año es la vida del hombre, tan corta, tan incierta de durar, el segundo que sigue á una de las pulsaciones de sus arterias.

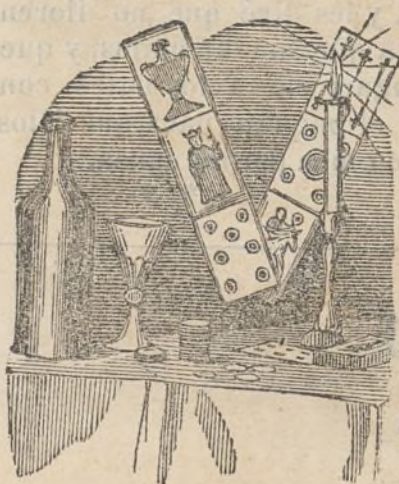
La isla fertilizada donde es recibido para vivir con una felicidad eterna, estaba poblada de sus buenas acciones, que le habían precedido para recibirle: esta isla es la vida que viene tras esta y que nos será medida con arreglo á nuestras buenas ó malas obras.





SECCION PARA LOS NIÑOS.

EL JUEGO.



AMOS, Luisillo, hijo mio, ven aquí, reclínate sobre mis rodillas, y lee conmigo en este buen libro, que te enseñará lo que es el juego, cómo debes precaverte de él, á donde conduce, y cuantas y cuan grandes desgracias origina. Vén, niño, y, al mismo tiempo que leemos los dos, yo te explicaré y te señalaré las víctimas que el juego ha hecho en la Habana y en toda la Isla, en las ciudades y en el campo, y te enseñaré, hijo mio, á huir de la mesa fatal que cubre el tapete verde, y te inspiraré horror al juego, por que es una pasion maldita, que reprueban Dios y los hombres, que degrada á la humanidad, que es su vergüenza y su ludibrio.

—¿Y porqué es tan malo el juego, mamá?

—Porque delante de una mesa de juego se endurece el corazon, se pierden todos los instintos de hombre para adquirir los de fiera; desaparecen los sentimientos generosos; se embota la sensibilidad, se pisotea el honor, se cierran los ojos á todo, y se camina á la degradacion absoluta, á una cárcel, á un presidio, y aun muchas veces al patíbulo.

—¿De veras, mamá? ¡Ay, Dios mio! No

tengas cuidado, mamita, que no jugaré nunca, no, nunca.

—Y harás bien, Luisillo; los buenos niños, como los buenos hombres, deben cobrar un saludable horror á las cartas, á las mesas de tapete verde, á los garitos donde se vá á jugar la tranquilidad, la riqueza y la honra de las familias en una sola hora. La Habana no era otra cosa hace veinte años que una inmensa zahurda de jugadores; la vida en ella era turbulenta, llena de peripecias, opulentas hoy las familias y mañana arruinadas de todo punto. Se jugaba en las casas, en las calles y en las plazas; el oro corría por todas partes en una verdadera crápula, y con el oro corrían tambien lágrimas y sangre.... Mira hoy cuán diferente se ostenta nuestra ciudad: opulenta, tranquila, civilizada, lujosa, alegre, feliz; la Habana es hoy, hijo mio, el modelo de las poblaciones de la América; nosotros, los que hemos tenido la dicha de nacer en ella, estamos orgullosos de poder llamar *nuestra patria* á una poblacion tan hermosa, rica y morigerada en sus costumbres; los estrangeros la admiran y la respetan, y ¿sabes á qué se debe todo esto, esta transformacion tan completa y tan bella?

—¿A qué, mamita?

—A la desaparicion del juego, Luisillo, á la espulsion de entre nosotros de aquel cáncer maldito que nos atormentaba, que nos roía, que nos ahogaba.

—¿De veras, mamá?

—De veras, niño, de veras. La persecucion del juego en todas partes, en las calles y en las casas, fué la señal de nuestra regeneracion, de nuestra salvacion; á la aparicion de la justi-



cia en donde se jugaba, y al castigo impuesto severamente á los que quebrantaban la ley, se debió que la Habana, que la Isla entera, volviera á levantar con orgullo la frente, se debió que muchas familias se salvaran de su completa ruina, que muchos hombres honrados no cayeran en el cenagal inmundo de los vicios y de los crímenes.

—¡Ay, mamá! Yo te ofrezco que jamás jugaré, porque me causa mucho miedo oír lo que me estás diciendo.

—Si lo haces así, tu madre estará contenta de tí, y Dios, desde el cielo, te bendecirá,

Luisillo, porque has de saber que Dios y su Santísima Madre la Virgen lloran mucho por causa de los niños y de los hombres que son jugadores.

—¡Pobrecito Dios! ¡Pobrecita María Santísima! ¡Qué buenos son, mamá! Mira: mañana, cuando me lleves á misa al Espíritu Santo, yo rezaré á Dios un Padre Nuestro y á la Dolorosa una salvé, y les diré que no lloren por los jugadores, ya que son tan malos, y que yo, desde hoy, no jugaré mas á los nates con Juanillo y Totó en el zaguán, para que Dios y la Virgen no lloren mas por mi causa.

* *

IMPRESIONES DE LA SOLEDAD.

(IMITACION.)

Porción querida de gentil cabello,
Cándido emblema de mi fiel señora,
Dulce testigo de mis ayes tristes,
Plácido rizo.

Si de mi cítara el acento escuchas,
Tú que en silencio padecer me miras,
Oye y no temas que su débil canto
Pueda ofenderte.

Quizás la bella á quien rendido adoro,
Quizás la vírgen por quien solo existo
Agora el eco de mi voz bendice
Entre las sombras.

Ella en un tiempo mi cantar no oía,
Ella en un tiempo mi pasión burlaba. . .
Quísome luego, y de su amor en prueba
A mí te dió.

Por eso á solas, cuando yo te miro,
Su imagen viene á arrebatarme mi mente,
Se abrasa el pecho y contener no puedo
El llanto mío.

Mas si del alma la inquietud comprendes,
Tu que el acento de mi lábio escuchas,
Abre tus ebras, y en tu vírgen seno
Guarda mi canto.

Y si sublime algun secreto encierras,
Si de mi gloria el porvenir tú sabes
Dímelo, rizo, por piedad movido,
Dímelo ya.

Que nunca fué para el amor vedado
El blando gozo de su luz querida
Con que en la noche sus zozobras calma
El corazón.

Pues en un tiempo inspiración me diste
Y en metro suave su beldad canté,
Canté á la vírgen y á la par de amores
Mi sufrimiento.

Por eso á solas, cuando yo te miro,
Su imagen viene á arrebatarme mi mente,
Se abrasa el pecho, y contener no puedo
El llanto mío.

J. Narciso de la Vega.

BANDOS GALLEROS.



ES preciso que tambien El ALMENDARES se deje arrastrar por el entusiasmo general, y que llame la atencion de sus lindisimas lectoras y de sus lectores todos sobre el furor gallero que en estos dias se ha desatado, formándose bandos en crecido número de pueblos cercanos á la Habana, en San Antonio Abad de los Baños, en Guanajay, en Jaruco, en el Mariel, en San Juan y Martinez, en San José de las Lajas, en Cayajabos, y en otros puntos; es

preciso que haga notar el lujo desplegado por las reinitas, ya las de los bandos punzó, ya las de los amarillo, ya las de los azul, así como por cuantos á sus córtés pertenecían. Ha sido un entusiasmo que ha rayado en locura; en aquellos pueblos se ha querido eclipsar la ostentacion misma de Guanabacoa en el último verano: las coronas y bandas de las Reinitas han sido de un lujo verdaderamente régio, así como el ostentado por las abanderadas, las damas y los caballeros de sus córtés respectivas. No podía hacerse mas, ni podía esperarse tanto, y ese loco entusiasmo llegó á tiempo para animar la Pascua de Resurreccion, llevó á todas partes la alegría y el movimiento, avivó el comercio al por menor en la Habana, y ha complacido á ese mundo de preciosas niñas que viven solo de ilusiones, del baile, de la alegría y del amor. De hoy mas los bandos galleros serán sinónimo de dicha y prosperidad para todos aquellos pueblos en que se anuncien con el fervor que en la pasada Pascua de Resurreccion se ha demostrado.

Por todas partes se ha notado movimiento, entusiasmo general, no obstante las importunas lluvias; de largas distancias venían á los pueblos de los respectivos reinados hombres cuidando su gallo



ROBLES.

con el mas amoroso afán, sin mas que pensar en él, que acariciarle, que comunicarle brio para la pelea, como si aquel entender pudiera su voz animada, cariñosa, inspirada, por decirlo así.

Los bandos galleros de la Pascua de Resurreccion

han puesto en movimiento á la gente jóven, y tambien á la que no lo es ya, pero que siempre es alegre. Se ha jugado largo y tendido á los gallos, y de esos bulliciosos dias, que ya pasaron, el gallo há sido el héroe, el señor, el rey absoluto.



GRANDES BAILES DE MASCARAS.



SE prudenciaron las nubes el sábado 2 y el domingo 3 del presente abril, y se verificaron, al fin, en aquellas noches dos de los tres bailes mónstruos de máscaras que había anunciado la Sociedad de Beneficencia de naturales de Cataluña, para ofrecer los cuales se construyó esprofeso un inmenso salon en el centro del Campo de Marte, salon cuya vista interior hallarán nuestros lectores hoy en la hoja litográfica que con este número de *El Almendares* les ofrecemos, lo que nos evita tener que describirle.

Pintar la animacion extraordinaria que en las noches del sábado y del domingo há reinado en el salon de baile del Campo de Marte y en la alameda, lo creemos punto menos que imposible; ya llamaba la atencion un máscara, viejo de prolongadísima nariz, con gorro de seda negro, dan-

un ramo de flores; ya la gente se arremolinaba, hacía campo, corría, reía y chillaba al ver saltar y gruñir á un máscara anómalo, con traje de semi-



gladiador, y llevando en la cabeza una caperuza ó picurucho, para inventar el cual no se rompería mucho los cascos; ya discurría por la alameda y por el salon, gravemente, empuñando una lanza de pa-



do el brazo á una *negrita* que bien podía ser *negraza*, con gorrete de raso blanco acabando por



pel dorado, una especie de ruso-lapon, que no hablaba, que no bailaba, que casi podía decirse no miraba, ocupado gravemente consigo mismo y con

su traje, el cual, entre paréntesis, no podía ser mas apropiado para *los frios* que ya alcanzamos en los primeros dias de abril; ya los negritos, los mulaticos y los blanquitos corrían detrás de un máscara mas largo que la esperanza de un pobre, especie



de estudiante, de abogado y aun de cura, con calzon de punto, negro en la pierna derecha y blanco en la izquierda, capita corta negra, bonete negro y baston que podía pasar por muleta, sin grandes esfuerzos de imaginacion; ya, en fin, en el salon abrían paso respetuosamente, ó al menos lo aparentaban, los jóvenes mas amigos de broma y los máscaras mas alegres, mas revoltosos y mas chilladores, á una mofletuda mamá que, entre grave y



risueña, peinada por mano de peluquero francés, prendida una rosa blanca casi sobre la sien, entre sus cabellos, suyos, sí, que su dinero la costaron, atravesaba lentamente el salon, detrás de sus dos hijas, que son dos perlas ó dos flores, guardadas por un cancerbero á quien no se la pegaran tan facilmente.

En esas dos noches, la Habana entera se há agolpado al salon del baile del Campo de Marte, á la alameda de Isabel II, á los alrededores de aquel; las noches han estado serenas, estrelladas; por todas partes vendedores ambulantes de avellanas, de dulces y de helados; fuera del Campo, puestos de frutas, de helados, de dulces y punche-leche; dentro del Campo, casetas de madera por todas partes, levantadas esprofeso para esas noches, y dentro de ellas verdaderas fondas, mesas servidas profusamente y con algun lujo de manjares esquisitos, al lado de otros *puestos* en que triunfaba la mas primitiva

sencillez; todo era asunto de un poco de dinero de mas ó de menos.

El Campo de Marte se hizo notable por la completa oscuridad que en él se advirtió, cuando se creyó que en esas noches estaría iluminado todo él como si fuera de dia, ya por golpes de luz de gás, ya por cualquiera otro medio fácil, y mas ó menos costoso. Aquella oscuridad fué causa de que el público rehusase entrar en él, uniéndose á ella la circunstancia de costar una peseta por persona la entrada, lo que ha podido perjudicar algo, y aun *algos*, que decía Sancho, á los bailes.—El salon del baile ha estado tambien poco alumbrado en las tres noches, apesar de tener bastante, luces de gás, pero ó bien el gás era malo ó bien se escaseó demasiado: el resultado fué que el salon no estaba alumbrado con la debida claridad, lo que fué sinceramente de sentirse.

En el campo de Marte la mayor soledad, pero, en cambio, la multitud hormigueaba en la alameda y en el salon del baile: músicas por todas partes, gritos, exclamaciones, risas y bromas, nada faltó en aquel mar de baile y de alegría. Las *muchachas* han hecho de las suyas que es un contento, pero, entretodas, merece citarse una especie de beata, peregrina ó capuchina, vestida de tarlatana negra, con esclavina, capucha y careta de raso negro con



blondas, que cogió por su cuenta á cierto poeta muy conocido, joven, elegante, y con pretensiones de conquistador *fashionable* hasta nombrarse á sí mismo *el venturoso*, y *el terror de los papás*, que, seguramente, se acordarán bien poco de él para temerle. La capuchina le dió una buena *carga*, entre-risas y veras; le cantó verdades gordas y grandes como su vanidad, y parece que el hombre se quedó entre *si lo creo ó no lo creo*.

Pasaron ya aquellos tres grandes bailes, en que toda la poblacion há tomado parte, pero se sigue aun ablando de las músicas por las calles, los estudiantes, el paseo de María la O y el enano Manuel Medina, y todavía quedan muchas horas alegres á la juventud de la Habana.

AMIGOS FALSOS Y AMIGOS VERDADEROS.



ENTERAMENTE imposibleme ha parecido siempre, bellas lectoras de EL ALMENDARES, que pudiera establecerse esta diferencia entre individuos que aspiran á vuestra estimacion y amor, por motivo de las consideraciones que de vosotras escije el nombre tras del cual ocultan las intenciones que les acercan á vosotras, y que varían tanto como las pasiones que simultaneamente escitan el corazón del hombre. Tampoco creí que pudiera decirse oro fino y oro falso, porque entendía que el oro era uno metal precioso, de infinita virtud y poder, y que todo lo que no fuese semejante á dicho metal, no debía ser designado con el mismo nombre, y sin embargo, la experiencia me ha hecho conocer que hay oro falso y oro fino, y que hay amigos verdaderos y amigos falsos. Pero ¡ay, amigas mías! que el oro se prueba en el crisol, y este nos dice pronto cual es bueno y cual no lo es, pero para distinguir el verdadero del falso amigo no hay mas crisol que el de la propia experiencia, y esta es á veces muy cara.

Los que, por desgracia nuestra, hemos nacido con una alma demasiado expansiva, que poseemos un carácter franco, y tenemos la suficiente dignidad para no fingir ni ocultar nuestros sentimientos, somos los que estamos mas espuestos á ser víctimas de la perversidad de los que, parapetados con el nombre halagador de amigos, se apoderan de todos nuestros secretos, penetran hasta el interior de nuestras alcobas, se hacen dueños de nuestra bolsa, y no dejan en nuestro corazón, ni en nuestro cerebro sentimiento que no esploten, idea de la cual no se apoderen, ni recurso alguno de qué podamos disponer porque ellos todo lo usurparán, quizás para emplearlo en contra de nosotros mismos.

Vais por una calle y veis que desde la o-

puesta acera, y animando el paso, viene hacia vosotras un individuo que con la sonrisa en los labios y todas las demostraciones que puedan haceros comprender la alegría que vuestra vista le causa, os tiende con la mayor afabilidad su mano, estrecha afectuosamente la vuestra, que no abandona durante todo el tiempo que dure vuestra conversacion. ¡Adios, Fulanita, ¿como estás? ¡Qué tiempo hace que no te veía! ¿Qué ha sido de tu vida? ¡Picaronzuela! ¡Ya se vé! A espaldas vueltas, memorias muertas!

Todas estas preguntas, ú otras parecidas, os dirige seguidamente, y tú, amable lectora, que crees de buena fe cuanto aquel individuo te dice, y que no tienes porque dudar del interés que le inspira tu salud, situacion y demás que te pregunta, con él te franqueas, y gozas por haberle encontrado, y bendices la casualidad que tan buen amigo te deparó.

Pero ¡ay! si fuera dable que pudieses seguirle luego que de tu lado se separa; si despues de las cariñosas frases con que se despidió de tí, entre las demostraciones del mas sincero afecto, te fuese posible escucharle cuando tuviese que hablar de tí, sabedor de que no puedes oírle, ¡Dios de Dios! te horrorizarías de escuchar que aquel hombre á quien tú de buena fe cuentas en el número de tus adeptos, no es sino el mayor de tus detractores, que no solo murmura de tus defectos, sino que te calumnia y te difama. Y ¿sabes porqué? Porque conoce que tu siempre le has de deslucir en todas partes donde la casualidad os reuna; porque sabe que tu posees virtudes que el nunca alcanzará y porque en tanto que él pasa una vida oscura, miserable, como su condicion, te disfrutas el aprecio y la consideracion públicas, y que tu honradez, tu laboriosidad y demás virtudes te han alcanzado.

Sensible es para un alma noble y jenerosa la consideracion de que no puede espontanearse y que la mayor parte de los que á su seno le estrechan en demostracion de amistad, pueden ser otras tantas vívoras que concluyan por ahogarle, y de las que debe huir, porque hasta su aliento habrá de inficionarle.

La amistad! Ese sentimiento dulce, emanacion de la divinidad, vínculo precioso que une á los hombres en la tierra, guirnalda de olorosas flores, cuyo perfume embriagador sería bastante á hacer la dicha de nuestra vida, la amistad no es en el día mas que el salvo conducto con el que puede penetrarse hasta el fondo den uestros corazones para sorprender en ellos

el tesoro de nuestros afectos, y hacer de ellos luego un uso enteramente contrario á nuestros intereses.

Tanto como la adquisicion de un verdadero amigo puede considerarse una dicha superior, el tropezar con un falso amigo es una de las mayores desgracias que pueden acontecernos en la tierra. El primero enjugará nuestras lágrimas en nuestros dias de afliccion; el segundo nos hará verter un raudal, que no será bastante á llorar la imprudencia de haberle

concedido ligeramente un título que jamás debe prodigarse.

¡Dios me conceda un verdadero amigo! ¡Dios me libre, ahora y siempre, de los amigos falsos! El primero es *oro fino*, probado en el crisol de la desgracia. El segundo, es oropel que solo sirve de adorno en la felicidad de vuestros dias alegres, y que si lo sometéis á la prueba, se convertirá en humo, entre las llamas que sirvan para daros á conocer su calidad.

I. DE ESTRADA Y ZENEA.

EL TUTILI MUNDI.



ISPUESTO, como buen cristiano, y tranquila la conciencia (cosa muy rara en el mundo) esperé la llegada de Migueletto con el famoso cajon donde tantas cosas hemos visto, y sumamente admirado lo vi llegar, pues mi extraño amigo, tenía una fisonomía enteramente distinta á la que en dias

anteriores me había presentado. No me dijo una palabra al colocar su valioso instrumento y la lentitud, el religioso silencio con que todo lo hacía, y hasta el respeto con que colocaba los cristales, me daban á entender que efectivamente, libres ambos de pecado, íbamos á gozar de una magnífica escena.

Solo se oyó resonar un melodioso acento cuyos acordes tenían en sí mucho de angelical ó divino. Migueletto me indicó que podía acercarme al cristal descubierto, ¡y quién lo creeria! el que tantas veces se había acercado á ellos con la sonrisa en los labios, hoy lo hacía lleno de temor, á pesar de que, limpio de toda mancha, no me consideraba indigno de aquel espectáculo; ¿pero que podré decir yó? De qué pincel valirme para presentar la magnífica perspectiva que se presentó ante mis ojos? Un grupo de bellisimas nubes vagaba en todo aquel espacio, y un ángel, mas blanco que la nieve, cuyas alas de oro y rosa despedían rayos de luz, sugetaba con su pálida mano un diamantino broche, que estaba al centro de las nubes. *El verdadero amor es la imagen de la divinidad:* este lema, con letras

de fuego estaba escrito sobre la cabeza del ángel, y una voz de fino timbre y acento, resonó en mis oidos y dijo:

Abre las puertas amor

A los que alcanzan el cielo;

El amor á todos toca,

Mas no saben comprenderlo.

—¿Qué es esto?, dije á Migueletto; pero este hizo la señal de silencio, y comprendí que no podía hablar. Cuando volví al cristal, el ángel había desaparecido, y una matrona, de cuya frente brotaba vívida luz, estaba reclinada entre nubes; la voz repitió:

Duda el hombre y nada vé,

Y en la desgracia se obstina,

¡Dichoso aquel que camina

Alumbrado por la fé!

Y al momento desapareció aquel grupo de celajes con la hermosa matrona que en ellos dormía; entónces apareció otra muger, bella y risueña, en cuyos ojos se leía pintada la felicidad; con una mano señalaba á la tierra, y en la otra llevaba una ancla dorada: otro ángel indicaba los desgraciados y decia:

Dios, que es padre bondadoso,

Le concede á la desgracia,

El bálsamo del consuelo,

El placer de la esperanza.

Trás ella apareció rápidamente otra notable figura, en cuya izquierda mano brillaba la santa insignia de la redencion del género hu-

mano, y alrededor del blanco velo que cubría su faz, se leía:

No es solo darle á los pobres
Cumplir con la caridad,
Pues que en sabiéndolo el mundo
Están solo VANIDAD.

Al ocultarse la Sacra imágen de la caridad, la clara luz de una aurora boreal iluminó fantásticamente todo aquel espacio, y grupos de preciosas vírgenes, vestidas de blanco, corrían con alegre rostro por aquel mágico recinto, tocando melodiosas arpas, cítaras y salterios y dulces cánticos melodiosos brotaban de sus labios. Estas eran las esposas de Cristo, y las otras vírgenes del mundo que, arrancadas del valle de la vida, gozaban en el suspirado paraíso la gloria concedida á los bienaventurados. Allí felices y tranquilas, disfrutaban las bondadosas miradas del Eterno que, sentado sobre su brillante trono, despidió de sus fulgentes ojos la felicidad y el placer, las buenas esposas, las que, rodeadas de un coro de ángeles, que cantaban mil alabanzas á sus virtudes, que tantos bienes producen para la sociedad.

Los buenos sacerdotes, los doctores, escribanos y demás hombres que han cumplido bien sus obligaciones, guiados por la voz de la conciencia, que el Criador ha puesto en nuestros corazones para indicarnos el bien y el mal, gozaban también los encantos de la eterna vida; los buenos hijos merecían en aquel lugar la mayor predilección, y Dios se gozaba en mirarlos y bendecirlos. ¡Que benignidad, que tranquili-

dad y dulzura en todos los semblantes. Allí ninguno desconfiaba, ni temían de los otros; todos eran hermanos, verdaderos hermanos, que se aman con el corazón, y que no saben mentir. ¡Oh! qué bello mundo, qué hermoso recinto aquel donde no hay intrigas, monopolios, falsas sonrisas, protestas de amistad, tras del odio de la envidia y de la ambición. ¡Ah! mágico Edén de los bienaventurados, dichosos aquellos que logran alcanzar tu santo reino, y felices los que en este valle logran remedar de algún modo los placeres que allí se encierran.

La gloria es un lugar imposible de pintar, conjunto de todo lo bello, recinto de todo lo bueno, lugar escogido para los que han cumplido sus deberes en la sociedad, para los que han sido buenos de corazón, para los que han hecho bien por instinto natural, no por presunción y vanidad, por que Dios penetra en los corazones: para él no valen las frases de cortesía, las falsas apariencias. ¡Cuánto se engañan los que hacen papeles de justos, benéficos y filantrópicos, si esperan la recompensa por sus farsas teatrales; ante Dios no valen apariencias, pues caen á sus divinas miradas las caretas mas impenetrables, los trages mas bien preparados y entónces la pena del hipócrita será la recompensa de sus engaños.

¡Cuánta alegría disfrutaba mi corazón contemplando el magnífico lugar destinado para los justos! ¡Cuántas lágrimas de puro placer al considerar que llega un día en que se premia la verdadera virtud!!

RAFAEL OTERO.

AL PIE DE LA CRUZ.

Aquí, de hinojos postrado,
Al pie de la cruz bendita,
Arrepentida y contrita,
El alma abrigando fé,
Vengo á demandar tu escelsa
Bondad, buen Jesús amado,
Y que exento del pecado
Contigo en esencia esté!

Yo, mísero pecador,
Olvidado á los delirios,
A los acerbos martirios
Que soportáste por mí,
En el torbellino insano
De un mundo perverso y fiero,
Glorias busqué placentero
Cuando la gloria está en tí!

Resignado en tosca cruz,
Agudos males sufriendo
Por el hombre redimiendo
El torpe pecado estás.

Y el hombre pérfido y cruel
En pos de báquica orgía,
Olvidado á tu agonía
Gozar procura no mas.

¡Oh tú, Dios Omnipotente!
Nuestras maldades perdona:
El pecho la fé pregona
Del hombre, que te ofendió.
Vuelve tus ojos divinos
Misericordia brindando:
En tí el alma está adorando
La antorcha de religion....!

Aquí, de hinojos postrado,
Al pie de la cruz bendita,
Arrepentida y contrita,
El alma abrigando fé,
Vengo á demandar tu escelsa
Bondad, buen Jesús amado,
Y que exento del pecado
Contigo por siempre esté!

FÉLIX JULIAN FAURA.

RAMILLETE.



BELLAS lectoras mías: es ya costumbre en vuestro periódico *El Almendares* daros cuenta de cuanto haya sucedido desde la última entrega repartida hasta la nueva, por mas que los periódicos diarios os lo hayan participado ya, y por mas que, de consiguiente, lo sepais vosotras harto bien.

Cumpliendo yo con esta costumbre establecida en vuestro *Almendares*, os diré hoy que despues de la Semana Santa y sus solemnidades religiosas, de que en otro lugar se os habla, y de la subida de los helados á peseta en *La Dominica* y en *La Diana*, han tenido lugar muchas diversiones, muchas novedades, siendo de extraordinario embullo, para la mayor parte de los pueblos cercanos á la Habana, los bandos de gallos, encarnados, amarillos y azules, las lindísimas Reinitas y Abanderadas, Damas y nobles de las cortes, las apuestas valiosas, la alegría que trae consigo esta diversion. Como en Guanabacoa en el verano, el gallo acaba



de ser el héroe principal en tantos y tan alegres pueblos durante los hermosos dias de la Pascua que acaba de pasar, y de los que tan gratos recuerdos se conservan.

En la capital, en nuestra hermosa Habana, llegaron tambien en tropel los regocijos de la Pascua, que ya se sabían de antemano. El domingo por la mañana se estrenó verdaderamente la nueva y hermosa plaza de toros de la Calzada de Belascoain, corriéndose un toro gráti para el público, que acudió en número inmenso, todo de hombres. Por la tarde, desde las dos, ya estaba la plaza llena para la primera corrida, y á las cuatro,

entre la algazara general, aparecieron en los palcos señoras elegantemente vestidas de majas ó de capricho, siendo estruendosamente aplaudidas, segun iban apareciendo en aquellos.

A la hora señalada, salió á la plaza toda la nueva cuadrilla de toreros reciénvenidos de Cádiz, las mulillas graciosamente engalanadas, los caballos, los chulillos &c. &c., todos los que fueron á saludar á la autoridad, entre los aplausos del público al verlos vestidos de seda y plata con el mayor primor y lujo.

De los dos espadas, el llamado *Juan Pastor*, de Sevilla, no ha gustado al público, y este y los periódicos le han señalado unánimemente como malo de encargo. El otro espada, *Gonzalo Mora*, de



JR

Madrid, ha sido mejor acogido, porque es mas sereno, mas valiente y mas afortunado, tanto que en la segunda corrida pidió el público que se le diera un toro que mató bien, y, con efecto, se le dió la Autoridad que presidía, lo que seguramente no pondría descontento al ligero Mora.

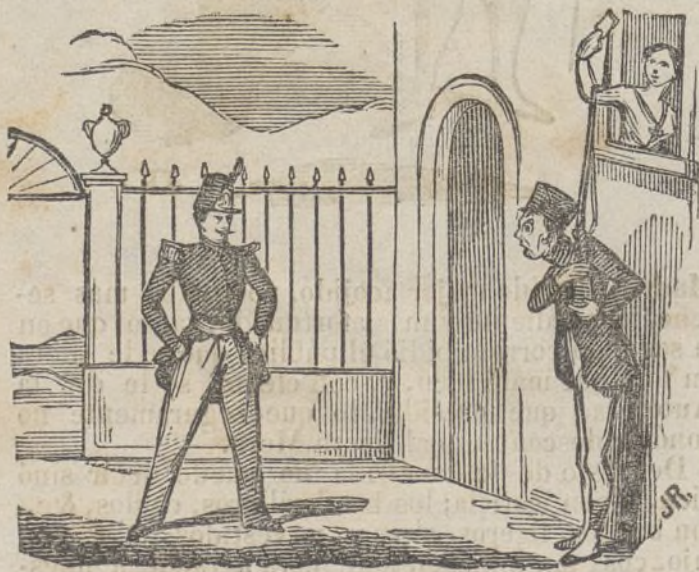
Del resto de la cuadrilla no puedo decir sinó bien, y con justicia; los banderilleros, chulos, &c., son buenos, ligeros, airosos, y vestidos todos con lujo, cosa tan indispensable para agradar á nuestro público en cualquiera clase de diversion que sea. De los picadores, los que mas han trabajado, hasta ahora, han sido Juan y Sebastian Gallardo,

padre é hijo, ámbos del Puerto, pero, en honor de la verdad, Juan Gallardo, el padre, es el que en las



corridas ha trabajado con mas brio, con mas arrojo, con mas esposicion, pues en la segunda se vió harto próximo á perder la vida, y si se salvó fué porque toda la cuadrilla se interpuso entre él y el toro, logrando distraer á este.—La nueva plaza de toros ha gustado, y puede decirse que la nueva cuadrilla de toreros tambien. Lo demás se espera del tiempo.

El domingo de Pascua, despues de la corrida de toros, y apesar de la lluvia que hizo suspender el baile de máscaras del Campo de Marte, quedaba el teatro, que volvía á abrirse con la bonita zarzuela nueva, en dos actos, titulada *Las colegiales son colegiales*, por don José Robreño, y escrita la música en la Habana por don José Freixas, profesor distinguido, á cuya constancia, á cuya habilidad, á cuyo talento debe la Habana las zarzuelas, y la compañía Robreño su fortuna. El domingo de Pascua, no obstante la escesiva lluvia, estubo el teatro lleno de bote en bote: la zarzuela gustó mucho, haciendo reir grandemente, siendo una de las mas chistosas y mas originales escenas cuando el señor Alfredo, teniente de nacionales de Monte-



reau, se vale de la bayoneta del viejo sastre Mr. Canivet para hacer llegar una carta á manos de su

amada Cecilia, linda sobrina y pupila de aquel, quien contesta á su amante del mismo modo, sin que el viejo sospeche siquiera que acaba de dejar de ser Mr. Canivet por transformarse en Mr. Mercurio.—La zarzuela *Las colegiales son colegiales* ha gustado, y el público lo demuestra así cada noche que se pone en escena.

Tambien durante las fiestas ha tenido la Habana las exhibiciones de la magnífica foca de la calle de Mercaderes, frente al Liceo; las del gigante escocés Mac-Kaskill, bajo la casa de Aldama; las figuras de cera en Escauriza; el precioso panorama de Ragussa en la plazuela de Monserrate, y otras diversiones agradables.

Concluyo vuestro *Ramillote*, mis queridísimas lectoras diciéndoos dos cosas:—*Primera*: que estudiéis el bonito geroglífico que hoy os ofrece vuestro *Almendares*, pues que es de actualidad interesante, y cuya esplicacion hallareis en el primer artículo de este número, si le leéis con detencion, pues que en él está escrito con todas sus letras.—*Segunda*: que en la próxima entrega de *El Almendares* se os dará la elegante plana frontis litografiada en rico papel marquilla, para poner al frente del tomo cuando le encuaderneis, pues con la entrega de hoy no se os ha podido dar, por no haberla concluido el litógrafo, lo que no os perjudica, pues seguramente lo mismo es que la recibais con esta entrega que con la próxima, supuesto que el resultado será que la recibireis.

Adios, adios, hasta la entrega siguiente, lindas mias.

SOLUCION AL GEROGLIFICO ANTERIOR.

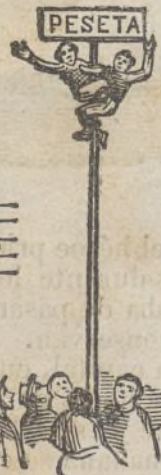
Una de nuestras mas constantes suscriptoras fué la primera que nos la mandó en estos versos:

“DONDE MENOS SE PIENSA
SALTA LA LIEBRE,”
Dicho bien sentencioso
Y cierto es este,
Pues es probado
Que por confiados muchos
Se llevan chasco.

ELOISA MARISCAL.

GEROGLIFICO.

LO
LO E LO E



IMPRENTA DE ANTONIO MARÍA DAVILA.

El Almendares.



Lito. de Tib. V. Cuesta O'Reilly n.º 8.

TRAJES DE TEMPORADA.